

XXI Capítulo General de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús

19 de junio de 2018

Promover el conocimiento, la sensibilidad y el crecimiento de la familia carismática en la Iglesia y los desafíos más importantes desde el punto de vista de una persona laica

“Una vida común consagrada al Señor en una nueva obra, que debía ser la admiración del mundo por el ardor de la caridad”, anotaba María Angustias en su diario.

¡Buenos días!

Antes de nada, deseo saludar muy cordialmente a todos los presentes, que son muchos.

Y lo siguiente que deseo es agradecer a la Madre Anabela Carneiro, Superiora General, por la invitación a compartir algunas reflexiones y experiencias con vosotros; gracias a las Delegadas del Capítulo; gracias al Padre facilitador del Capítulo; gracias a toda la Comunidad Hospitalaria repartida por el mundo que participa operativa o espiritualmente en esta celebración del XXI Capítulo General.

Para mí es un gran privilegio y un regalo del Sagrado Corazón de Jesús participar con vosotros en la celebración de la memoria viva de vuestros fundadores, San Benito Menni, María Josefa y María Angustias.

Me acerco a vosotros para haceros llegar esta aportación sobre “Promover el conocimiento, la sensibilidad y el crecimiento de la familia carismática en la Iglesia y los desafíos más importantes desde el punto de vista de una persona laica”, encomendándome a la Virgen Inmaculada porque, en palabras de San Benito Menni, “ella nos permitirá entrar y permanecer en el corazón de Jesús”; y nos guiará en esta conversación sobre el camino del *cor ad cor loquitur* —“el corazón le habla al corazón”¹—, expresión del intenso deseo del corazón humano de entrar en íntima comunión con el corazón de Dios a través del corazón de los hermanos, y viceversa.

¹ Máxima del emblema que el Beato Card. John Henry Newman quiso adoptar, inspirándose en San Francisco de Sales

Ya en vuestro nombre lleváis el sello de la santidad de cada corazón, porque está creado a imagen y semejanza del de Jesús.

Estoy muy contenta porque me siento acogida en familia, en un diálogo en comunión y en la consciencia de que en vuestra Comunidad Hospitalaria las diferentes vocaciones y las diferentes formas de colaboración constituyen una riqueza y no un motivo de división o temor. Precisamente así exhortaba el XVI Capítulo General (1988): “Religiosos, colaboradores y voluntarios debemos integrarnos en la misión de servicio al enfermo, centro de nuestra atención, convirtiéndose en un signo de comunión”. De esto sois un signo de esperanza gozosa para toda la Iglesia.

El tema que me ha sido asignado, “Promover el conocimiento, la sensibilidad y el crecimiento de la familia carismática en la Iglesia y los desafíos más importantes desde el punto de vista de una persona laica”, es muy exigente, ya que me pregunta de inmediato cuál es el impulso fundamental que promueve, en mi experiencia de familia carismática palotina, el conocimiento, la sensibilidad y el crecimiento.

Creo que la respuesta es: servir. “El radicalismo del Evangelio, de la llamada de Jesucristo, está en servir: estar al servicio, no detenerse, ir siempre más allá, olvidándose de sí mismo... Este es el gozo de la Iglesia”².

Con conocimiento y sensibilidad directa según el espíritu del carisma hospitalario, estáis al servicio de tantos rostros de nuestra humanidad sufriendora y de tantos matices de la cultura de la exclusión, donde lo que no es productivo simplemente se tira, y tenéis una única finalidad: “seguir la mejor melodía *Buena Nueva de Dios* para el hombre que sufre”³.

Comienzo el tema por el primer término, tomando como base mi historia y experiencia:

1. Promover el conocimiento de la familia carismática en la Iglesia

Al principio, por Iglesia entendía solo la formada por piedras con Jesús en el sagrario, la Virgen, San Antonio, San Pío en el altar... De cierto modo, la Iglesia era para mí sinónimo de catequismo, de primera comunión, del resto de sacramentos, de fiestas patronales, de formar parte de una comunidad y participar en obras de caridad, etc.

² Francisco, Meditación matutina a Santa Marta, 6 de noviembre de 2015

³ Documento del XIX Capítulo General - Tercera Parte Hospitalidad: una llamada a construir el Reino

Pero después, cuando empecé a dar mis primeros pasos hacia una vida cristiana dedicada según el carisma de San Vicente Pallotti, entendí que la Iglesia, además de ser todo eso, era ante todo, en el fondo de su ser, pueblo de Dios. Era comunión, Iglesia-comunión, como la definió el Concilio Vaticano II: “Un pueblo cuya unidad se deriva de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”⁴.

Para mí esto supuso, y sigue suponiendo, una revolución. De hecho, en los años 70 yo era una joven estudiante, apasionada por las revoluciones y rebelde contra el mundo que veía y en el que vivía. Convencida de querer cambiar el mundo, quería hacer la revolución contra las estructuras de la sociedad: creía que eran ellas las que impedían el bien, la solidaridad, el cuidado de los más débiles, la generosidad, la justicia, la fraternidad... Por eso quería cambiarlas, destruirlas. Pero un domingo, en un encuentro en el que hablábamos con otros estudiantes sobre cómo hacer la revolución para construir un mundo nuevo, fui yo la que cambió, sacudida por una frase que me dijo nuestro profesor de religión del instituto, el Padre Giuseppe Leonardi, sacerdote palotino.

Recuerdo que, durante el encuentro, había expresado de forma decidida mi convicción de que para que naciese un mundo mejor bastaba solo destruir las viejas estructuras. Pero he aquí la frase que aún hoy es paradigmática en todas las cosas que vivo. Me dijo: “Para que en el mundo haya paz, amor, tolerancia, fraternidad, verdad y escucha, no hace falta cambiar las estructuras. El hombre es quien las crea: somos nosotros quienes las creamos. Por eso es necesario, antes de nada, que cambiemos nosotros mismos y pongamos en el centro de nuestra vida el Evangelio de Jesús. La vida cristiana es tan sencilla y, a la vez, plenamente humana: vivir haciendo a los demás lo que querrías que ellos te hicieran a ti. Y seguro que el mundo se hará nuevo, incluidas sus estructuras”. Gracias a aquella frase intuí que, si quería mejorar el mundo, tenía que empezar por mí: era yo quien tenía que cambiar. De esta forma, empezamos con él y con otros jóvenes a poner en práctica que el Evangelio de Jesús, una auténtica Buena Nueva, se puede vivir de verdad. “Solo una cosa vale la pena y merece estima: servir y amar a Jesús”⁵.

Pero, ¿qué significa vivir la Iglesia como comunión? Significa crear lazos de amor entre todos aquellos que forman parte de la misma: entre sus miembros, sus diferentes subdivisiones, su misión y su apostolado. Esto es aplicable a nuestras propias familias carismáticas, la palotina y la hospitalaria: “Trataos siempre con caridad y amaos los unos a

⁴ Lumen Gentium, 4

⁵ De las Cartas de San Benito Menni

los otros sin diferencias ni distinciones”⁶.

Mi primer día en la República Democrática del Congo, un padre palotino me llevó a Keshero, al orfanato *La Flamme d'Amour* (“La Llama del Amor”). No puedo olvidar a los innumerables niños pequeños y bebés que habían encontrado el amor en aquel refugio extremadamente pobre. Me acogieron con sus sonrisas, besos, abrazos, bailes, canciones y curiosos instrumentos musicales. Cuando los vi, pensé en un pasaje famoso de un libro que describe a un hombre en Auschwitz que se había quitado la vida ahorcándose y llevaba consigo un trozo de madera en el que había escrito: *¿dónde está Dios?*

Mirando a esos niños a los ojos comprendí que aquella pregunta no se ajustaba a la escena que tenía ante mí. Había que reformularla. Dios se hallaba en cada uno de aquellos pequeños y vivía allí, en el orfanato La Llama del Amor, como en cualquier lugar en el que haya una persona o un pueblo que sufre, verdadera imagen viva de Jesús crucificado. Así pues, la pregunta no podía y no puede ser “¿dónde está Dios?”, sino “¿dónde está el hombre?, ¿dónde estamos nosotros?”.

Vuestros fundadores han respondido con toda su vida y, a veces, como diría San Francisco de Asís, también con las palabras.

Sigo creyendo que la vida de la Iglesia y de la familia carismática es un entramado de relaciones mediante las cuales aprendemos que hay que hacer fluir la comunión a través de las relaciones, y en ese tejido es donde cada carisma puede seguir revelando la novedad de su contenido.

Porque ante cada uno de nosotros está siempre el rostro de otro que, en esta vida de relaciones, me ha encontrado, me ha atraído y me ha formado, y así sucesivamente, a través del tiempo, hasta llegar al origen: en mi caso, la vida de relación entre Vicente Pallotti y Jesús; en el vuestro, la vida de relación entre Benito Menni y Jesús, entre María Josefa y Jesús, entre María Angustias y Jesús: “Jesús mío, de mí desconfío, a tu Corazón me entrego y en él me refugio”.

Promover el conocimiento de la familia carismática es, así pues, promover la centralidad de la vida de comunión en la familia carismática.

2. Promover la sensibilidad

⁶ Del Testamento Espiritual de la Madre Josefa

Al inicio de *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco nos recuerda de modo útil que el gozo de seguir a Jesús “siempre brilla sobre el trasfondo de la memoria agradecida: es una gracia que tenemos que pedir... El creyente es fundamentalmente ‘*memorioso*’”⁷.

Podemos preguntarnos qué recuerdos gratos tenemos de relaciones positivas y vitales en nuestra familia carismática que continúan dándonos una alegría duradera, que nos inspira y nos da energía.

Con la esperanza de animaros a que encontréis vuestras respuestas a esta pregunta, permitidme responder haciendo referencia a un punto importante que define la sensibilidad propia de una familia carismática:

- la experiencia carismática y, por ende, relacional del Fundador/de los Fundadores

Por ejemplo, para San Vicente Pallotti, la amistad, las relaciones y la cooperación con otros en la Iglesia eran como el aire que respiraba. Apasionado y determinado como era al llamar a todos, independientemente de su vocación, estado y condición vital, a volver a encender y avivar la fe y la caridad en la Iglesia y en el mundo, y con la experiencia personal de todas las dificultades que ese proyecto comportaba, nunca dudó de que esta llamada era una llamada a que todos realizasen esfuerzos concertados en la Iglesia.

No obstante, esta sensibilidad de Vicente Pallotti no fue un don exclusivo suyo.

De hecho, estudiando la historia de la fundación de la Comunidad Hospitalaria, vuestros Fundadores —mujeres y hombres del Espíritu— fueron personas que creyeron en la creación de redes de amistad y de cooperación con los demás. Por ejemplo, el Padre Menni, que siempre estuvo a la búsqueda de médicos competentes que contribuyeran al proceso terapéutico con su competencia técnica y científica, y de todos aquellos que, mediante su profesión, pudieran colaborar en el proyecto hospitalario (llegó incluso a ofrecer la dirección sanitaria del hospital de Ciempozuelos a un célebre psiquiatra, a pesar de que era ateo y contrario a la Iglesia).

Cuando estudiamos y reflexionamos sobre nuestros Fundadores, esta sensibilidad relacional es quizá un aspecto de su experiencia de gracia que descuidamos, corriendo de esta manera el riesgo de no darnos cuenta del desafío que aún queda por descubrir en nuestros carismas fundadores. ¿De qué modo el carisma de nuestros Fundadores era un don de relación y de cooperación? ¿Y de qué modo nuestra fidelidad hacia ellos nos empuja hoy a tener

⁷ EG, 13

relaciones similares y a cooperar?

3. *Promover el crecimiento*

Como nos recuerda la instrucción *Mutuae Relationes*, es una firme convicción del magisterio eclesial que: “El carisma mismo de los Fundadores (ET 11) se revela como una experiencia del Espíritu, transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne”⁸.

Estos cuatro verbos, *vivir, custodiar, profundizar y desarrollar constantemente* la experiencia del Espíritu transmitida del Fundador a los discípulos, nos anima a todos los miembros a aumentar nuestra creatividad, nuestra iniciativa, nuestro esfuerzo, en el respeto recíproco del estado y condición vital de cada uno.

Sabemos que todo esto implica siempre y sobre todo una visión de fe, porque no siempre basta el análisis de orden histórico o sociológico para captar las motivaciones últimas que han empujado a los Fundadores a dar vida a obras nuevas en la Iglesia.

Estamos llamados a leer el carisma en nuestro presente no solo como un contenido, sino, a la vez, también como “un modo de ser, un modo de proceder peculiar”⁹. Esto es importante cuando se trata de *desarrollar constantemente* el carisma de fundación.

En Canadá tuve la ocasión de visitar el Museo de Calgary (el de la famosa Policía Montada), y me quedé sorprendida con las palabras de un documental con las que el jefe indio Little Crowfoot se opuso a los colonizadores que querían que intercambiasen los pastos de su tribu a cambio de alcohol y armas de fuego.

Dijo: no. Nosotros pertenecemos a la tierra.

También podemos decirlo nosotros cuando hablamos de nuestros carismas, palotino y hospitalario. El carisma es un don de Dios, es de Dios y nos pertenece a todos completamente. Ninguno puede decir “esta parte me pertenece a mí” ni “esta parte no me pertenece”. La Familia Palotina, como la Comunidad Hospitalaria, es un solo corazón, no hay dos o más corazones. El centro y la periferia forman un único corazón.

⁸ MR, 11

⁹ Mons. Jorge Mario Bergoglio, en el Sínodo sobre la Vida Consagrada y su Misión en la Iglesia y en el Mundo, XVI Congregación General (Roma, 13 de octubre de 1994), n.º 5

Pienso que esto es algo verdaderamente bello que nos empuja con más valor a encontrar el gozo de seguir adelante en el mundo, confiando plenamente en Dios y con creatividad ante cualquier desafío presente y futuro. Porque el amor es infinitamente creativo.

4. Los desafíos más importantes desde el punto de vista de una persona laica

Para mí caben destacar tres desafíos que deseo compartir con vosotros y que vivimos en el camino de la familia palotina, y creo que también en el camino de cualquier familia carismática: “Creemos, además, que la misión compartida va más allá de la estricta cooperación en el trabajo y que exige compartir un mismo proyecto y el sentido de misión que encierra. Por ello, hemos de promover un camino de crecimiento en identidad hospitalaria y un estilo de relaciones basadas en el respeto y la corresponsabilidad”¹⁰.

1. El primer desafío hace referencia a una actitud fundamental. Debemos distinguir entre el don de Dios —que es el carisma dado a nuestros fundadores— y nosotros mismos. Esto es muy bueno, ya que ayuda a la comunión entre nosotros y ayuda a construir relaciones basadas en el respeto mutuo y en el reconocimiento de los dones y de la dignidad del otro; también nos ayuda a no desfallecer cuando vemos que no estamos a la altura del carisma. Es muy importante volver a empezar con fe renovada en el don de Dios. Nunca alcanzaremos el nivel del carisma, pero, a pesar de todo, Dios, a través de los Fundadores, nos ha llamado y nos ha dado el carisma. Esto es importante también para todas las obras en la Iglesia tras la muerte del fundador, porque la luz cegadora que provenía del fundador está ausente y nosotros vemos quiénes somos. Personalmente estoy convencida de que, como miembros de una familia carismática, deberemos concentrarnos en nuestra responsabilidad de alcanzar siempre la “fuente” del carisma, es decir, la persona que respondió “sí” por primera vez a la llamada particular del Señor: su vida, sus palabras y todo lo que hizo como fundador.

Y después, concentrarnos también en la responsabilidad que tenemos de estar atentos a los asuntos del mundo que requieren nuevos conocimientos y nuevas respuestas por nuestra parte, con el valor de expresar lo que contiene el carisma y que no se ha expresado aún.

2. El segundo desafío hace referencia al tema de la corresponsabilidad en la comunión y por la comunión. Esta en particular invita con fuerza a un cambio de mentalidad.

¿Qué tipo de corresponsabilidad tenemos hoy, o bien cómo podemos entender de nuevo la corresponsabilidad?

¹⁰ Documento del XX Capítulo General - Recrear la Hospitalidad

Sabemos que el Papa Francisco suele hablar del modelo de la Iglesia como un poliedro en el cual todas las caras tienen su papel y no existe una uniformidad dogmática impuesta por un gobierno central. Creo y estoy convencida de que leer los escritos de nuestros fundadores y ver lo que hicieron, todo... nos permite entender la corresponsabilidad. Porque el modelo de la comunión es, tal y como decía siempre Pallotti, por ejemplo, el mismo modelo trinitario, en el cual cada parte es importante. No es que no exista un liderazgo o un centro, pero no es un centro que uniforma todo.

Me parece que en su infatigable actividad, San Benito Menni hizo muchísimas cosas de este tipo, es decir, poliédricas. La pluralidad de las misiones y de las vocaciones suele conllevar una nueva, rica e inesperada comprensión de aspectos concretos de nuestro carisma.

3. El tercer desafío: la centralidad de la *colaboración desde el inicio*¹¹. Existen varios modelos de colaboración, y los hemos visto todos en acción en la historia reciente de las diferentes realidades eclesiales, y la de la familia palotina.

Existe la “*colaboración para...*”: la naturaleza de este tipo de colaboración es la participación en los deberes ajenos. El otro toma todas las decisiones, prepara todos los proyectos y busca “voluntarios” que le ayuden con los detalles. Es una participación pasiva que en algunos momentos puede ser un servicio necesario, pero no es lo que entendemos por colaboración de todos.

Después existe la “*colaboración con...*”: aquí existe algún tipo de participación activa, pero de forma limitada. La iniciativa nace de alguien, y a lo largo del camino se invita a otros a tener voz con respecto al contenido final de un documento o un proyecto.

Y por último, la “*colaboración desde el inicio...*”: el verdadero nacimiento de ideas y decisiones proviene de un acto de comunión que en nuestro caso reúne una representación global de todas las expresiones vocacionales y de pertenencia al carisma. Es una participación que radica en el discernimiento compartido mediante el diálogo, la escucha y el mutuo saber perder de las ideas propias. El primer aspecto de esta colaboración desde el inicio es el renovado énfasis otorgado a la importancia de la formación como medio para lograr una mejor comprensión del carisma, en el contexto del caminar y servir juntos. Todo esto nos lleva a pensar en todos los demás miembros de la familia y en nuestras diferentes entidades como parte integrante de mí.

Conclusión

¹¹ Sínodo de Obispos sobre la Vida Consagrada, 1994

Pienso que en este momento de la historia de la Iglesia, el recorrido irreversible para seguir fielmente la experiencia de Espíritu de nuestros Fundadores es renovar el compromiso individual y comunitario de estar unidos como hermanos y hermanas en la familia carismática, amándonos los unos a los otros como Él nos ha amado, hasta el final. Sí, también nuestros fundadores lo hicieron: nos amaron hasta el final.

“Pidamos a Jesús que nos infunda su amor. Pidamos a la Reina de ese amor, la Virgen Inmaculada, que encienda en nosotros ese fuego divino... Oh, Jesús, no pretendemos oponerte resistencia”.

Gracias por vuestra atención.